



Cantinflas y Pedro de la Barra

Fue una noche de Santiago, hace unos cuantos años. Periodistas, actores, cantantes y ensmorados de la noche formábamos una homogénea hermandad —Hermandad de los Desamparados y de las Almas Huérfanas, como la bautizó Julio Lanzarotti Rivera— y teníamos, por cierto, nuestras "picadas". El Violín Gitano, La Posada del Corregidor, el Sótano de La Quintalada, el Yale y alguna dama, propietaria de la euforia del amor que no es amor, solía recibirnos como a verdaderos amigos.

En esos andares, iniciados luego de entregar nuestros "talentos" a la crónica cotidiana, encontrábamos personajes pintorescos, boerachas ingeniosos, bohemios sin destino y bohemios por pose, poetas inéditos y poetas editados, pero con un negro destino de irreversible anonimato. Fue entonces cuando de repente, como en la Balada de un Loco, tras una mesa se nos apareció un joven moreno, delgado, de suave hablar.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Pedro de la Barra.

—Mario Moreno —dijo el recién conocido.

—Tiene el mismo nombre de Cantinflas...

—Buena, si tú quieres... soy Cantinflas.

—¿No!

—¡Sí!

Y era Cantinflas. Había llegado sin grandes anuncios casi, como más tarde lo hiciera Doméxico Modugno. Por lo demás, las películas del cómico mexicano habían sido exhibidas con escasa volumen publicitario. Comenzaba. Y la crítica de entonces no fue muy generosa con él. Sin embargo, ya estaba en camino de una indudable popularidad.

—¿Te podemos tatear?

—Pera, chico... yo ya lo he hecho...

—¿A qué has venido?

A conocerlos...

Se escanciaron alcoholes. Enhebramos una charla subrayada con sonoras risas. Cantinflas, "disfrazado" de civil, nos pareció un tipo extremadamente caballeroso y simpático y sus chistes eran diferentes a los que le empujaban a dar fama en la pantalla. La verdad es que su caracterización lo convertía en otro ser.

Recuerdo ese encuentro para re-



Cantinflas, o Mario Moreno, confidenció que su formación artística tuvo muchas dificultades hasta que un día, por obra y gracia de la casualidad, se le abrió la puerta para entrar a lo que él creía su único destino.

Pedro lo escuchaba con admiración. Y contó al flamante amigo sus travesuras en el grupo del Pedagógico que dio vida a La Orquesta Africana. El relato no sólo apasionó a Cantinflas, sino que exigió silencio para escuchar detalles de cómo lo hacían, cuál era el repertorio, qué reacción había tenido en el público. Y reía a carcajadas en determinados pasajes.

—¿Cómo no se me ocurrió a mí algo parecido? —repetía.

Pedrito — como lo llamábamos — fue siempre un tipo alegre, travieso, con un sentido del humor realmente extraordinario. En el escenario, dirigiendo su orquesta, que podría considerarse precursora de Los Luthiers, derrochaba una desbordante simpatía, una gracia entre popular y culta. Pero diferente era — y muy diferente — cuando se enfrascaba en los serios temas del teatro, de la literatura, del folklore, del mundo artístico.

De todo se habló esa noche. Alternando la charla Tito Castillo, actual director del diario "La Discusión"; Sergio Zamudio Miquel, que cubría el sector espectáculos en la revista "Ven" (en esa época, 250.000 ejemplares), y yo, que hacía lo mismo en "Eretila".

Invitamos a Cantinflas a lo de Carlos de la Sotta, un restaurante de la calle Bandera. Allí se consumieron unas sabrosas carnitas de ave, que nuestro invitado celebró como un feliz hallazgo

656426
927959

Cantinflas y Pedro de la Barra [artículo] Orlando Cabrera Leyva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cabrera Leyva, Orlando, 1912-2001

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cantinflas y Pedro de la Barra [artículo] Orlando Cabrera Leyva. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile